



A la Cuaresma, en el lenguaje litúrgico, se le denomina “sacramento” -sacramento cuaresmal- que, ateniéndonos a su primigenio sentido -«*sacramentum*»-, es el juramento que debían prestar los miembros del ejército romano al entrar a servir en el mismo.

Fijándonos en este significado, sería el compromiso que el pueblo cristiano adquiere, al inicio de estos días y como fruto de la imposición de la ceniza, de “*progresar en el conocimiento del misterio de Cristo*”, tal como se pide en la oración colecta de la misa de este domingo primero.

Es un empeño que tiene como punto de referencia **la propia indigencia** que es nuestra fragilidad, en el gozo de saber que, como afirma la antífona de entrada de este día del Señor, tomada del salmo 90, vamos a ser escuchados si con corazón de pobre acudimos a Él.

Para vivir de una Palabra

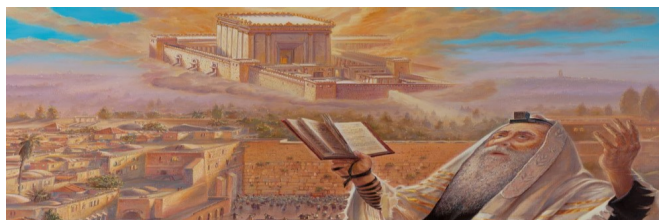
Son unos días que se nos regalan **para acercarnos al Maestro** a fin de conocerlo mejor porque, de este modo, podremos adquirir “*la ciencia suprema de Jesucristo*” (Flp 3,8); de ahí la necesidad de **vivir de toda palabra que sale de Su boca**; es lo que suplicamos en la oración para después de la comunión: que nos haga sentir “*hambre de Cristo*”. Es una petición que ha de hacerse oración constante en toda nuestra vida, particularmente en este tiempo, para no

desfallecer en el compromiso de seguir las huellas del Señor.

Esta tarea, fruto de un compromiso personal con Cristo, hace de la Cuaresma una «*lucha bellísima*», porque «*cuando el Señor vence en cada paso de nuestra vida, nos da un gozo, una felicidad grande*». Lucha por recordar y, en modo alguno, no olvidar.

“*Ten cuidado de no olvidar.*” Esta recomendación del Deuteronomio (8,11) recorre toda la Biblia. Se presenta a su vez como un consejo, una fuente de beneficios, una advertencia o una forma de vida. Pero siempre se coloca bajo el signo de la memoria viva, de la vida donada por Dios. Un dicho de los padres del desierto afirma que “**el olvido es la raíz de todos los males**”.

Una fe ligada a la memoria



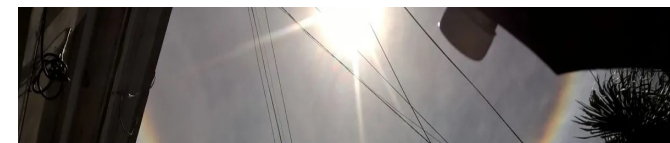
En el Antiguo Testamento, la memoria sigue dos movimientos y el uso del hebreo es esclarecedor en este punto. El verbo zakar (זָכַר), omnipresente en la Biblia (más de 200 recurrencias), designa a la vez la memoria del hombre para Dios y la memoria de Dios para el hombre, como las dos caras de una misma moneda que se sostienen y se llaman mutuamente. Porque el Dios de la Biblia es un Dios que se acuerda de los hombres. ¿Cómo podría ser de otra manera, si desde el mismo relato de la creación se confiesa que «*Dios creó al hombre a su imagen y semejanza*»?

Él es el compasivo que vio la miseria de su pueblo en Egipto (Ex 3,7); el Dios fiel que «*no se olvida de la alianza que juró a nuestros padres*» (Dt 4,31). Respaldar

do por esta fe, el creyente puede entonces orar e invocar le con confianza: «*Señor, acuérdate de tu ternura y del amor que me has mostrado desde el principio*» (Sal 25,6). La comunidad cristiana, cada día, así lo recuerda en las Laudes matutinas en el canto del “**Benedictus**”.

El olvido del hombre

Esta es, precisamente, la tragedia. Si bien el Altísimo nunca olvida Su palabra ni Su pacto, el hombre sí lo hace, incluso se rebela, a pesar de las advertencias de Deuteronomio 4:9: “*Ten cuidado, no te olvides de las cosas que has visto*”. Este libro se refiere expresamente a todo lo que debemos a este Dios que nos creó y ha liberado.



La clave de este recuerdo

Para los cristianos, esta creatividad de la memoria se experimenta a través del Espíritu Santo. «*El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre os enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho*», anuncia Cristo en el evangelio de Juan (14,26). Este pasaje viene a ser como la clave para la memoria cristiana, fiel y creativa en su relación con la enseñanza del maestro. En la víspera de su Pasión, durante la Última Cena con sus discípulos, ¿no dijo Jesús: «*Haced esto en memoria mía*» (1 Co 11, 24-25)? Al celebrar la Eucaristía, la Iglesia hace memoria de Su encarnación, de las tentaciones en el desierto, de Su enseñanza, muerte, resurrección, ascensión al cielo, del don del Espíritu Santo que brota del costado de Cristo muerto en la cruz.

El memorial no repite un pasado ya pasado: actualiza una historia que se convierte en el fundamento de un futuro hacia el que se camina y que se saborea, a modo de primicia, en las celebraciones litúrgicas.



Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 90, 1-2. 10-11. 12-13. 14-15

Tú que habitas al amparo del Altísimo,
que vives a la sombra del Omnipotente,
di al Señor: «Refugio mío, alcázar mío,
Dios mío, confío en ti.»

No se te acercará la desgracia,
ni la plaga llegará hasta tu tienda,
porque a sus ángeles ha dado órdenes
para que te guarden en tus caminos.
Te llevarán en sus palmas,
para que tu pie no tropiece en la piedra;
caminarás sobre áspides y víboras,
pisotearás leones y dragones.
«Se puso junto a mí: lo libraré;
lo protegeré porque conoce mi nombre,
me invocará y lo escucharé.
Con él estaré en la tribulación,
lo defenderé, lo glorificaré.»

El salmo 90, junto con el 89 y 91, forman el llamado "trébol"; una especie de trilogía que tiene como una dinámica propia, puesto que hace recorrer un de itinerario orante que va desde la propia de la debilidad (sl 89), pasando por el deseo de la unión con Dios (sl. 90) hasta sentirse fuerte apoyándose en esta Roca que es el Altísimo (sl. 91).

Según el "Midrash Tehilim, un antiguo comentario al libro de los salmos, Moisés lo recitó al entrar en la nube del Sinaí, a fin de que Dios lo protegiera; también se atribuye al momento en que Moisés entró en el Tabernáculo, rodeado por la nube divina, durante el paso

por el desierto. Es la experiencia de encontrarse ante el Todopoderoso.

La Iglesia nos lo propone en el momento de entrar en el desierto de la Cuaresma que es lugar de lucha y tentación, de ahí la necesidad de pedirle Su protección, para verse libre de la tentación como aconteció con Jesús, y tal como se nos narra en el evangelio de hoy.



Este salmo nos invita y nos educa a tener una actitud fundamental de confianza en el plan de Dios que envuelve la historia, que no es una sucesión de hechos sin orden. No es un "caos" por desconcertante que en ocasiones nos parezca.

En las tentaciones de Jesús y, en concreto, cuando fue llevado al pináculo del templo, el Maligno se convierte en el intérprete de este salmo para confundirle; lo hace apoyándose en lo que dice el salmo como palabra revela. Conocemos la respuesta del Señor: "No tentarás al Señor tu Dios".

¿Qué significa aquí "tentar a Dios"? Todo buen actor debe participar en el papel y respetar, incluso si se le permite algo de creatividad, el guion. El plan de la historia es de Dios, y no se le permite al hombre elaborar por sí mismo sus planes, para luego "obligar" a Dios a enviar a sus ángeles para salvarlo... La raíz de toda confianza en la Providencia es la obediencia al Señor: es la gran enseñanza de Jesús. El diablo le tienta, es decir, lo pone a prueba y es vencido por la obediencia fuerte, decidida e indestructible, del Maestro; para el Señor, la obediencia está fuera de cuestión. No vino a poner en práctica su plan, sino a hacer la voluntad del Padre en todo y para todo.

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO I DE CUARESMA "C"

Un texto para guardar en la memoria del corazón

Deuteronomio 26, 4-10

Moisés habló al pueblo diciendo: «El sacerdote tomará de tu mano la cesta y la pondrá ante el altar del Señor, tu Dios. Entonces tomarás la palabra y dirás ante el Señor, tu Dios: "Mi padre fue un arameo errante, que bajó a Egipto, y se estableció allí. Los egipcios nos impusieron una dura esclavitud. Entonces clamamos al Señor, y escuchó nuestros gritos. El Señor nos sacó de Egipto y nos dio esta tierra, una tierra que mana leche y miel. Por eso, ahora traigo aquí las primicias de los frutos del suelo que tú, Señor, me has dado».



Lucas 4, 1-13

En aquel tiempo, Jesús, lleno del Espíritu Santo lo fue llevando durante cuarenta días por el desierto, mientras era tentado por el diablo. En todos aquellos días estuvo sin comer y, al final, sintió hambre. Entonces el diablo le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan».... Después, llevándole a lo alto, el diablo le mostró en un instante todos los reinos del mundo y le dijo: «Te daré el poder y la gloria de todo eso, porque a mí me ha sido dado, y yo lo doy a quien quiero. Si tú te arrodillas delante de mí, todo será tuyo». Entonces lo llevó a Jerusalén y lo puso en el alero del templo y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo. Respondiendo Jesús: "No tentarás al Señor, tu Dios"». Acabada toda tentación, el demonio se marchó hasta otra ocasión.